



Croacia. El litoral Dálmata a nuestra derecha. La carretera serpentea sobre la línea costera y ofrece un Mediterráneo plano, brillante y turquesa, y flotando en él una serie de alargadas islas que se recortan contra el horizonte. Este recorrido es quizá uno de los más interesantes que pueden hacerse en vehículo dentro del viejo continente. Es el litoral croata de los folletos publicitarios. No hay playas de arena, pero los recorres orográficos ofrecen un espectáculo majestuoso y monumental.

Rumbo Mostar hay que seguir el fértil curso del Neretva, un caudaloso río que nace salvaje y frío en los Alpes Dináricos de Bosnia y muere cansado y caliente en el Adriático de Croacia. Los agricultores de la vega croata venden en el arcén los productos que cultivan en pequeñas huertas de árboles frutales. Es esa economía de subsistencia

que permite la carretera y que he visto en todo el planeta. La calzada, el mercado más grande del mundo desde el tiempo de los romanos. En las carreteras se vende la mejor fruta, la que da la tierra en cada región. En los países menos desarrollados, tener fácil acceso a una ruta principal significa sobrevivir.

En cuanto entro en Bosnia veo una gran pintada en recuerdo de los muertos de la ciudad croata de Vukovar, una de las poblaciones más castigadas en la guerra. Allí se perpetraron terribles crímenes de guerra contra la población civil por el ejército yugoslavo y las fuerzas paramilitares serbias.

La Guerra de Bosnia fue la más cruenta de todas las acontecidas tras la desintegración de Yugoslavia. Duró de 1992 a 1995. Costó cien mil muertos y un millón y medio de des-



plazados. Evidentemente, el recuerdo sigue vivo y no hay interés en que se olvide.

La ruta sigue el curso del río. Es una carretera suave, pacífica, bella aunque de tráfico endemoniado. Al cabo de un breve recorrido llego a Mostar, la mítica ciudad atravesada por el río Neretva, sobre el que se eleva el puente otomano del siglo XVI y cuya destrucción y reconstrucción se ha convertido en símbolo del conflicto y también de la paz. Al entrar en el casco urbano surgen las inequívocas señales de la guerra. Edificios heridos por la metralla que nadie ha rehabilitado o reconstruido.

El centro está restaurado y bulle de vida. Hay bazares, tiendas, restaurantes, hoteles...la reconstrucción aquí ha sido total, completa, inmensa. La guerra se ha convertido en reclamo turístico. En los mercadillos venden todo tipo de recuerdos bélicos y souvenirs de la antigua Yugoslavia. Casquillos, cascos, insignias, granadas, emblemas.



Pero tan sólo unos metros más allá, el horror bélico aparece. Edificios en ruinas, agujeros de bala, pintadas, cascos, quemaduras.

Mostar es para los españoles el punto de referencia en el conflicto de finales del siglo XX. Encontramos la Plaza de España con el monumento a los caídos españoles. La Plaza está en el centro, es bella, ajardinada y tranquila. Hay una corona de flores, aunque no están muy frescas. La inscripción contiene 23 nombres. Vinieron a cumplir con su deber y merecen respeto y memoria.

Montenegro, poco más de 600.000 habitantes. El nombre del escarpado país se lo dieron los venecianos debido al color de la espesa vegetación de los Alpes Dináricos que se veían desde el mar. A diferencia de Croacia y Eslovenia, no estuvo sometido al Imperio Austro húngaro, sino que no sin dificultad mantuvo su independencia como reino frente al Imperio Otomano, que realizaba periódicas incursiones. Los montenegrinos se aliaron a los rusos y serbios en 1877 contra los turcos, quienes fueron vencidos por Rusia y eso les proporcionó calma y prosperidad hasta la 1ª Guerra Mundial, pero entonces se aliaron de nuevo a Serbia y fueron derrotados por los austro húngaros hasta que la guerra terminó con la debacle de estos y Serbia se lo anexionó. En 1918 los montenegrinos formaron parte del Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos.

Durante la 2ª Guerra Mundial fue invadido por Mussolini hasta que tras el descalabro del Eje surgió La República Federal Socialista de Yugoslavia. Desde entonces y a pesar de la secesión de Croacia, Eslovenia y Bosnia, se mantuvo unido a Serbia en los restos de Yugoslavia, hasta que por los bombardeos de la OTAN, dirigida por el español Luis Solana, y por las sanciones económicas que empobrecieron el país, decidió independizarse también en 2006. Desde que existe como moderno país independiente, intenta con fuerza ser parte

de la Unión Europea, cosa hoy, junio del 2013, no ha conseguido todavía, aunque su moneda oficial, o al menos oficiosa, sea el euro.

Hago kilómetros y kilómetros a través de impresionantes viaductos que salvan enormes gargantas. Aparecen los bosques, las gargantas, las montañas. Me admira esta geografía tan accidentada. Viajando por los Balcanes uno comprende algo de la fuerza telúrica que construyó los continentes. Estos montes y acantilados brotaron de pronto de la corteza terrestre cuando se arrugó y fracturó por el choque de las placas tectónicas.



Me hipnotiza observar la caprichosa inclinación de los estratos y las grietas que han excavado los torrentes en la pared rota de las montañas. Cada una de esas líneas paralelas de tierra comprime miles de años.

Cerca de la frontera con Albania me meto por un camino de tierra. Lo sigo un par de kilómetros y llego a la costa. El sendero está flanqueado por cañizos. No hay casas, resorts, ni edificaciones. No hay nada. Es puro, virgen y solitario.

Encuentro un punto así en la orilla del mar. Desde el camino se ve una duna y el agua a bastante distancia, de modo que al descenderla tiene que haber arena seca y llana. Meto la Gorda en la arena y aunque queda pronto atrapada, insisto empujando y consigo superar la duna. No hay un alma y el suelo está seco.

Hay por lo menos treinta metros de ancha playa hasta el punto donde lamen las olas. Un perfecto lugar de acampada que sería ilegal en España.

Monto la tienda y ya tengo el hogar. Enciendo mi cocina portátil. La bóveda celeste es mi techo, el ronroneo del mar es la música y la temperatura es fresca aunque agradable pues tengo el calor del fuego.

Esto es para mí el mejor ejemplo de sencillez mediterránea. No necesito nada más.

Despierto al amanecer, salgo de la tienda de campaña y contemplo un furioso y apresurado Génesis en llamas creando el mar, el firmamento, la tierra y a todas sus criaturas. Sirvo un poco de café soluble en mi taza de latón, me siento en la silla plegable y dejo que la creación termine de poner el mundo delante de mí.

La gran bola de fuego se eleva hacia la bóveda celeste. El fulgor escarlata va diluyéndose en el azul metálico de un cielo in-usualmente limpio. Sobre mí vuelan las gaviotas sin una maldita nube en las que esconderse y tengo la impresión de que vamos a tener otro gran día.

Miquel Silvestre.

